

la hija del anciano

Érase una vez un anciano viudo que vivía solo con su hijita. Decidió volver a casarse para tener a alguien que cuidara de su hija, y se casó con una viuda que también tenía una hija de su primer matrimonio. Todo fue bien mientras que la hija del anciano era todavía pequeña, pero cuando se hizo mayor era tan bella y trabajadora que la mujer de su padre y su hija se celaban de ella. Los jóvenes se volvían en la calle para mirarla, e ignoraban a la hija de la esposa de su padre, lo que hacía que cada vez ella y su madre tuvieran cada vez más celos. La muchacha vivía en un eterno dilema, pues no sabía qué debería hacer: parecía que el solo hecho de verla, enfurecía a su madrastra y hermanastra. Nada de lo que hacía les agradaba y continuamente la golpeaban y la regañaban y le decían que todo lo que hacía estaba mal.

El único consuelo que tenía la pobre muchacha era la vaca que su madre le había dejado. Su madre la había llamado a su lecho de muerte y le había dicho: "Mi querida hijita, me estoy muriendo. Cuida de la vaca y acude a ella siempre que tengas un problema y ella te ayudará lo mejor que pueda". La vaca se llamaba Hada Blanca y solamente la muchacha la sacaba a pastar en los prados. Cada vez que su corazón se llenaba de desánimo, acudía al lado de Hada Blanca y le contaba todas sus penas. Hada Blanca le lamía las lágrimas y ponía una expresión tan triste, que parecía que se iba a poner a llorar ella también.

Desgraciadamente para Hada Blanca y la muchacha, la horrible madrastra no era tan estúpida como cruel y se dio cuenta que cada vez que regañaba o golpeaba a la muchacha, ella iba a la cuadra a ver a la vaca. También advirtió que Hada Blanca no dejaba que nadie, excepto al hijo del anciano, la ordeñara, y daba coces y les embestia con los cuernos si ellas lo intentaban. La madrastra se dio cuenta que había algo misterioso en todo aquello, así que decidió deshacerse de Hada Blanca.

Un día la madrastra y la hermanastra fueron a visitar a un pariente en otro pueblo. Ordenó a la muchacha que limpiara la casa, hiciera la cena y que hilara todo un manojo de lana. Le advirtió que si todo eso no estaba hecho cuando ella regresara a casa, la golpearía hasta dejarla inválida. La muchacha corrió junto a Hada Blanca tan pronto como su madrastra y hermanastra se fueron y lloró al contarle la amenaza de su madrastra. "Oh, Hada Blanca, ¿qué puedo hacer?", lloraba la muchacha, "incluso hasta que estuviera todo el día hilando, no podría terminarlo, y ella prometió golpearme hasta dejarme inválida si no termino antes de que ella vuelva", la muchacha suspiró y apoyó la cabeza desesperada contra la de su única amiga. La vaca entonces le habló dulcemente a la destrozada muchacha: "No llores, querida niña, ponte a hilar y terminarás y todavía te sobrará tiempo de limpiar la casa y cocinar". Entonces la muchacha se puso a hilar y se sorprendió de la velocidad con la que sus dedos hacían girar el huso, y antes del atardecer había terminado. Rápidamente se puso a asear y colocar la casa, para posteriormente meterse en la cocina a preparar la cena. Cuando llegó la madrastra a casa y descubrió que la muchacha había terminado todas las tareas, le preguntó que quién la había ayudado. La chica contestó que lo había hecho todo ella sola, además, ¿quién la había podido ayudar? La madrastra no dijo nada más, pero sus pensamientos se dirigieron hacia la vaca.

Al siguiente domingo la madrastra decidió llevar a su hija a un baile en la ciudad. Antes de que partir para el baile, llamó a su hijastra y le dijo: "Coge este saco de trigo y escoge los granos uno a uno, lávalos, sécalos y que todo esté listo para la puesta de sol". Una vez más, al irse su madrastra y su hermanastra la muchacha corrió al lado de Hada Blanca para contarle sus penas. La vaca le dijo que comenzara la tarea y se sorprendería de ver cómo la terminaba a tiempo. La muchacha hizo lo que Hada Blanca le había dicho y se encontró con sus dedos moviéndose rápidamente y con destreza. Antes del atardecer, su tarea imposible había finalizado y se dedicó entonces a limpiar la casa y a preparar la cena.

El domingo siguiente la madrastra y hermanastra volvieron al baile. De hecho, la madrastra había decidido que irían todos los domingos para encontrarle a la hermanastra un marido. Antes de partir, llamó a la hija del anciano y le dijo: “Coge este saco de mijo, cuenta los granos y haz pequeños montones de cien mil granos. Cuéntalos bien, porque yo los volveré a contar y si has cometido un solo error, te cortaré los cabellos y te sacaré los ojos”. Al oír esto, la muchacha comenzó a temblar de miedo porque sabía que la amenaza era real. Entonces pensó en Hada Blanca y esto la confortó. Tan pronto como su madrastra y hermanastra se fueron, corrió hacia Hada Blanca y le contó la última petición de su madrastra. La muchacha no sentía ahora miedo, porque sabía que la vaca la ayudaría: “Cuenta, muchachita, cuenta, y habrás terminado antes de que ellas vuelvan”, dijo Hada Blanca. Cuando la vieja volvió, vio que la muchacha había triunfado también en esta nueva y difícil tarea y se puso pálida de ira. Furiosa, volvió sus pensamientos hacia la vaca y se dijo: “Debe haber sido la vaca la que la ayudó, pues no hay nadie más que lo haya podido hacer”. Su odio hacia Hada Blanca creció y decidió convencer al anciano para que la matara.

Al día siguiente fue al anciano a exigirle que matara a Hada Blanca. Le dijo: “Escucha, ¿para qué queremos una vaca vieja que ni tiene terneros y que ya no da leche? Se come nuestra comida, pero no nos da nada a cambio, incluso nos da coces y nos embiste cuando nos acercamos a ella”.

Pero el anciano no tenía prisa por matar a la vaca, ya que era lo único que le había dejado su esposa. Cuando se lo dijo a la vieja, ésta se levantó, furiosa, y le dejó diciendo que no volvería a compartir mesa ni habitación con él hasta que la vieja vaca muriese. Al oír los planes que su madrastra tenía para Hada Blanca, la muchacha corrió a la cuadra para advertir a su amiga. Lloró amargamente ante la posibilidad de perderla, pero Hada Blanca la tranquilizó una vez más: “No llores, querida niña y no te preocupes, ellas realmente no me pueden hacer daño, porque yo soy demasiado fuerte para ellas. Si me matan, debes recoger mis huesos, pezuñas y cuernos y ponerlos en la tierra y cubrirlos de barro por la noche, cuando nadie te vea. Cada vez que necesites algo, ven al lugar donde has enterrado mis huesos y cuéntame tu problema, ten en cuenta que mi cuerno derecho es mágico”.

La muchacha solamente se tranquilizó un poco, pero prometió hacer todo lo que Hada Blanca le había dicho, en el caso de que la madrastra consiguiese que mataran a la vaca. Y realmente lo consiguió, pues el anciano estaba débil y cedió ante la constante súplica de la vieja. Fue a la cuadra y mató a Hada Blanca, y la muchacha hizo todo lo que ella le había dicho. La horrible madrastra había triunfado en destruir al único aliado de la muchacha.

Al domingo siguiente a la muerte de Hada Blanca, la madrastra ideó otro cruel tormento para su odiada hijastra. Se había dado cuenta que varios jóvenes muy apuestos del pueblo estaban muy pendientes de la muchacha, ignorando por completo a su hija, y temía que se casase antes de que ella encontrara un marido para su propia hija. Así que, ese domingo, antes de salir hacia la ciudad, la madrastra echó ceniza sobre el cabello de la hija del anciano, y untó su bella cara con hollín. Advirtió a la muchacha que no se lavara, o la golpearía hasta acabar con su triste vida.

Una vez que la vieja y su fea hija se fueron, la muchacha corrió a contarles a los huesos de Hada Blanca su última inmerecida crueldad. Lloró y pidió a los huesos: “¿Cuánto tiempo tendré que vivir de esta manera?” Entonces oyó una voz familiar que le decía: “No llores, pequeña, busca mi cuerno derecho y pídele hermosos vestidos y joyas y pónelos. Luego vete a la ciudad y únete al baile”.

La chica hizo lo que se le dijo y se encontró mágicamente vestida con los ropajes más finos y hermosos que nunca había visto. Tenía la apariencia de un rayo de sol y parecía una princesa. La muchacha estaba encantada y rápidamente se fue al baile. Bailaba tan ligera y bella como una pequeña mariposa y todos los jóvenes presentes perdieron la cabeza con la visión de la hermosa y dulce joven. Todos se preguntaban: ¿Quién es esta muchacha?, ¿Alguien la conoce?” Pero nadie reconoció a la feliz criatura como la hija del anciano.

En aquella época los hijos e hijas de los reyes a menudo aparecían y compartían los bailes con la gente del pueblo, y en esta ocasión el hijo del rey estaba entre los que allí se reunían, y quedó maravillado por la chica, y se acercó para bailar con ella. Le preguntó mientras giraban y giraban al ritmo de la música, pero ella no dijo ni una sola palabra. Le agradaban las atenciones del guapo y distinguido joven, pero tenía miedo de lo que podría pasar si alguien descubría su identidad. Después de bailar tres veces con el príncipe se desvaneció misteriosamente.

Se apresuró a casa y se quitó los lujosos ropajes y se los devolvió al cuerno de Hada Blanca. Al hacerlo, se encontró de nuevo vestida con los harapos que solía llevar y cubierta de hollín. Fue a la cocina y se sentó al lado de la chimenea, donde la encontraron la madrastra y su hija cuando volvieron a casa del baile.

Su hermanastra estaba emocionada cuando llegó a casa y rápidamente le fue a contar a la muchacha todo lo que había pasado en el baile: le contó la aparición y la misteriosa desaparición de la hermosa muchacha vestida con ropajes exquisitos, esperando hacer que la muchacha sintiera envidia, y le dijo: “Pero como tú no has podido verla, no te puedes ni imaginar lo hermosa que era”. La muchacha le respondió: “Pero si yo tuviera ropas hermosas, habría podido ir al baile y verla con mis propios ojos”. Este comentario incendió los celos de la fea joven, y respondió malhumorada: “Una criatura tan humilde como tú no puede ver visiones tan hermosas”. La vieja, que había estado oyendo la conversación se acercó y le dijo a la muchacha: “Tu sitio está junto al hogar, sucia de ceniza. ¡Bailes! ja, ja, No seas tan insolente o te golpearé hasta que estés de color negro y azul”.

A pesar de la cruda reprimenda, la muchacha todavía cantaba en su interior, no recordaba una tarde tan alegre y divertida. Al sentarse al lado del hogar y recordar el baile, las palabras de su hermanastra golpearon en su mente y se dio cuenta que el joven con el que había bailado era el Príncipe, y se quedó atónita al asumir que había estado bailando tres veces con él sin saberlo. Hizo sus tareas con una mayor paz de espíritu y guardó los dulces recuerdos de esa noche muy cerca del corazón.

Solamente unos días después se anunció en todo el reino que el príncipe daría un gran baile en su palacio. Todas las chicas casaderas del reino estaban invitadas al evento. El príncipe había ideado todo esto con la esperanza de descubrir la secreta identidad de la misteriosa belleza a la que había conocido en el baile de la ciudad.

A la hija del anciano le contó su hermanastra las noticias del baile y aunque no lo era, ella se creía muy hermosa. El baile iba a tener lugar el domingo, y tan pronto como la madrastra y la hermanastra abandonaron la casa, corrió al cuerno y le pidió ropajes tan hermosos como las estrellas del cielo, un caballo y un lacayo. El cuerno le dio todo lo que ella pedía y la muchacha se encontró arreglada con ropas incluso más bonitas que las que había llevado al otro baile el domingo anterior.

Salió inmediatamente hacia el Palacio y, tan pronto como llegó, el Príncipe se apresuró a saludarla y comenzó a hacerle preguntas para conocer su identidad. Ella le dijo con tristeza que sólo se podía quedar un poquito. El corazón del príncipe dio un salto al oír esto y le declaró su amor con la esperanza de que ella no le abandonaría de nuevo. La muchacha, sorprendida, le dijo que ella no amaba a nadie, pero que no bailarían con otro excepto él. Al irse, él le pidió el anillo que llevaba y ella se lo dio.

Al domingo siguiente de nuevo el príncipe invitó a todas las muchachas casaderas a un baile, pues sabía que ya no podría vivir sin la muchacha. Ella acudió vestida con un traje exquisito, pero de nuevo se desvaneció al final del baile. El príncipe estaba desorientado y no sabía que pensar de esa extraña muchacha que le había robado el corazón. Como hombre de acción, el príncipe rápidamente ideó un plan para descubrir finalmente la identidad de su amada. Planeó organizar otro baile al domingo siguiente y pensaba robarle un zapato a la muchacha.

La muchacha apareció en el siguiente baile, tal como el príncipe sabía que haría. Después de bailar juntos, en el momento que la muchacha estaba planeando desaparecer en la noche una vez más, el príncipe la siguió y se sacó un zapato en el momento que ella saltaba sobre el caballo. La muchacha corrió adentrándose en la oscuridad con un solo zapato, y al día siguiente el príncipe puso en práctica la segunda parte de su plan. Con el zapato y el anillo, acudió al lado de su padre, el rey y le dijo que se iba a buscar a la muchacha que amaba y que no regresaría hasta que la encontrara.

El príncipe se puso en camino y fue pueblo tras pueblo hasta que llegó al que vivía el anciano. Llamó a innumerables puertas hasta que llegó a la casa donde vivía el anciano y su familia. El zapato se quedaba a la muchacha perfectamente, pero ella estaba avergonzada porque parecía mugrienta con la ceniza y el hollín y su madrastra la había obligado a llevar sus peores ropajes para ocultar su belleza. El príncipe la miró con ojos de verdadero amor y le preguntó si era ella la hermosa joven que había bailado con él tantas veces. La muchacha tímidamente admitió que en realidad era ella la misma chica. La madrastra, al oír esto, le gritó llamándola mentirosa, a lo que la muchacha respondió: "Permitame su alteza esperar solamente un minuto y le demostraré que soy yo la misma muchacha".

Corrió hacia donde estaban enterrados los huesos de Hada Blanca y pidió el deseo de vestirse exactamente igual que la primera vez que se había encontrado con el príncipe. Inmediatamente apareció limpia y vestida con los mismos preciosos ropajes. Volvió a casa de su padre para presentarse ante el príncipe y su familia. El príncipe se mostró encantado de ver ciertamente que había encontrado al fin a la muchacha que amaba, la subió a su carruaje y se la llevó al palacio donde se casaron en una magnífica ceremonia y fiesta que duró siete días y siete noches. El corazón de la malvada madrastra rebotaba de envidia y su hermanastra permaneció soltera puesto que ningún hombre quería casarse con tal amarga y desagradable joven. La muchacha perdonó la debilidad de su padre y se lo llevó con ella para vivir en palacio con ella y el príncipe hasta el fin de sus días.